

“Que un individuo quiera despertar en otros recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía”, Jorge Luis Borges en *Siete Noches*, Capítulo 6, p. 136

Introducción

Jorge Luis Borges nació en Buenos Aires en 1899, y decidió morir en Suiza en 1986. Para él la patria era la literatura, y en ella se supo inglés, alemán, francés, japonés, español, islandés y se soñó inmortal. Sentía que había crecido en una biblioteca y que nunca había salido de allí, y una vaga culpa por no haber podido seguir la carrera militar de sus ancestros.

Su obra, clave en la historia de la literatura moderna, entrelaza una serie de obsesiones personales: las trampas del tiempo, la profundidad del infinito, la existencia como laberinto, la dudosa seguridad de los espejos, con vasto dominio de la historia de las culturas y una enorme curiosidad por el pasado argentino, que por momentos pareció tentado a re-escribir.

Los postulados metafísicos que parten de Borges para construir sus cuentos no implican que el autor crea en ellos, pero tiene sus preferencias filosóficas y utiliza los mismos esquemas mentales, con leves variantes, como la base de sus ficciones. Remito al lector al libro de Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, para una detallada exposición de los temas que figuran en los cuentos, el vocabulario empleado y las ideas que representa. Allí se enumeran como temas principales: el infinito, el caos, la personalidad, el tiempo y la materia.

La influencia más visible en sus relatos es la de la filosofía idealista vía Hume, Schopenhauer (El amor, las mujeres y la muerte, El principio de la Razón suficiente y El Mundo como voluntad y representación) y, en la Argentina, de Macedonio Fernández. Hay que añadir las filosofías orientales, sobre todo el hinduismo, que niega el universo; y el budismo que niega, además, la existencia del yo y reduce la realidad a fugaces estados de conciencia independientes de un sujeto pensante. Macedonio Fernández optó por esta última forma de idealismo extremo –la negación tanto de un mundo objetivo como de un sujeto que la percibe– influyendo notablemente en Borges.

Desarrollo

El año 1938 es difícil para Borges. En el término de pocos meses sufre dos experiencias en extremo desafortunadas. El 24 de febrero de ese año muere su padre, hecho que afecta notablemente al escritor; en Nochebuena se golpea con el filo de una ventana y permanece durante un mes internado, debatiéndose entre la vida y la muerte, experimentado, además, la posibilidad de dejar de escribir. La interacción en el hospital es realmente una bisagra entre el pasado y el futuro de su vida y su obra. Se instala el temor a la muerte, como si su padre hubiese sido un presagio de otra posible en la familia. Por otro, le produce una crisis personal importante respecto a la escritura, a la calidad de lo que hasta allí ha firmado.

La publicación de *Ficciones*, compuesta por siete piezas perfectas –“Tlon, Uqbar, Tertius”, “Pierre Menar autor del Quijote”, “Las ruinas circulares”, “La lotería de Babilonia”, “Examen de la obra de Hebert Quain”, “La biblioteca de Babel” y “El Jardín de los senderos que se bifurcan”- es el real momento de inflexión en la vida literaria de Borges, tras la crisis del paso por el hospital. Su obra empieza a ganar respeto notable en el mundo académico argentino y lentamente empieza el proceso de su consagración internacional.

En “Las ruinas circulares” narra la historia de un hombre preocupado por modelar sus sueños, que descubre finalmente y con pavor, que el también es una apariencia, un sueño de otro hombre.

En “La biblioteca de Babel” vuelve sobre la promesa del infinito y la biblioteca interminable, en la que no hay dos libros iguales. “La biblioteca de Babel” es una metáfora del universo, de todo lo que existe y sería posible conocer. De la notable naturaleza del infinito, tan difícil de definir como el tiempo.

En “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius” están esbozadas las doctrinas idealistas. Una sociedad secreta de sabios, inventa un planeta y entre todos inventan su enciclopedia; el cuento explica algunas de sus disciplinas estudiadas en el planeta imaginario: el lenguaje, la geometría y la metafísica. Como Borges los filósofos de Tlon son escépticos: “Sabemos que un sistema no es otra cosa que la

subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos”, como Borges ama lo maravilloso. Son varios: negar el tiempo, sostener que el tiempo ha transcurrido ya y que nuestra vida solo recuerda imperfectamente ese proceso irrecuperable, suponer que la historia universal es la escritura de un dios menor, imaginar que el universo es una gigantesca criptografía en la que solo son válidos algunos símbolos y pensar que tenemos dos vidas. A menudo volvemos a encontrar en las obras de Borges, la refutación del tiempo o las arbitrarias modificaciones de su curso, la idea de la escritura de un dios como símbolo del mundo o la que un solo autor escribe todos los libros.

En este sentido, es curioso reflexionar que Tlon se parece mucho al planeta nuestro, creado en gran medida por filósofos, historiadores, biólogos y los sabios que desde el comienzo de la civilización han pretendido imponerle un orden.

Borges explica que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan limitado postulan que en lugares remotos, los corredores y escaleras y hexágonos puedan inconcebiblemente cesar, lo cual es absurdo. Quienes lo imaginan sin límites olvidan que los tiene en número posible de libros. Se atrevió a insinuar esta solución: la biblioteca es ilimitada y periódica; si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que repetidos sería un orden: el orden). Su soledad se alegra con esa elegante esperanza.

”Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana, la única, está por extinguirse y que la biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes precisos, inútil, incorruptible, secreta”, Jorge Luis Borges en *La Biblioteca de Babel*, *Ficciones*, p. 173.

Conclusiones

Queda la sensación de que si Borges se hubiese entregado a la acción, quizá no habría escrito, y sin duda, de hacerlo, no lo habría hecho de esa singular manera que le ha dado fama universal. Si pudiera hablar de sí mismo sin recurrir a los símbolos, desaparecerían de sus cuentos los angustiosos laberintos y la imprevisible conducta del tiempo y el hombre que es a la vez el enemigo y la víctima.

Si su alma estuviese desinfectada de toda neurosis ¿quién sabe si no hubiese escrito lo mismo que tantos otros que lo quisieron diferente, para perderse luego con ellos en el olvido?

En cuanto al ser humano, que está detrás de las inexpugnables fortificaciones literarias, no se me puede exigir que intente resolver aquí su misterio ni entregar más datos, comprobados o inferidos, para que otros lo resuelvan. *The rest –como dijo oportunamente Hamlet– is silence.*